



Viernes Santo

Queridos hermanos,

Ante el escándalo de la Pasión del Señor, de que la verdad de su amor y el cumplir la voluntad del Padre lo llevaran a morir en la Cruz, nuestra fe responde que esto sucedió, según las Escrituras, para el perdón de nuestros pecados y los de todo el mundo. Estas eran ya las palabras con la que su misión fue anunciada por el Ángel a María: salvará a su Pueblo de los pecados; Juan Bautista lo había presentado como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”; y así transmite Mateo la intención explícita de Jesús, manifestada en la Última Cena: esta es mi sangre de la alianza, derramada por muchos para el perdón de los pecados.

El escándalo echa sus raíces en que la relación del hombre con Dios –y la no relación, distanciándose de la fuente de la vida, de la verdad y del amor– pasa por la libertad humana, presente en lo más íntimo de cada uno, discreta, quizá escondida en la actitud profunda del propio corazón.

Necesitaríamos una relación con Dios clara y fuerte, una fe firme, una confianza grande en Él y en su providencia bondadosa, para afrontar los desafíos de cada día, de acuerdo con la verdad de la vida, con la ley que corresponde verdaderamente al ser humano; y que no

es la del egoísmo, ni la de la victoria del grande sobre el chico, sino que es aquella que está dicha en el Evangelio y está viva en la gracia de Dios, en su Espíritu, que es amor.

Pero esta relación, esencialmente libre, solo llega a ser firme cuando podemos reconocer su amor en el presente, apoyarnos en él, caminar en su compañía.

Este Amor inmenso nos ha sido revelado por el Señor Jesús, que se entregó por nosotros sin límite alguno. Llevamos esta certeza en lo hondo del corazón, constituye el núcleo mismo de nuestra fe.

Pero tantas cosas nos hablan de otra manera, e incluso, podría parecernos, el mundo entero. ¿No consiste el verdadero realismo en dejar de esperar en Dios, en saber que no hay más ayuda que el poder y las fuerzas de que disponemos? ¿No debemos entender nuestra existencia en el contexto de los planes, recursos y proyectos de este mundo? ¿Y, por tanto, no habríamos de poner nuestra confianza en quienes los dirigen, en los poderosos?

En estos planteamientos, quien triunfa puede pensar que está ya seguro y tranquilo; aunque muchos se hayan quedado por el camino, olvidados. Pero, en realidad, es una forma de vivir en la que no hay atención verdadera por la persona particular de nadie, pues a todos se juzga fundamentalmente por la utilidad. Ningún proyecto o ideología de este mundo está destinado a servir al bien de nuestras personas, aunque podamos ser tenidos en cuenta y usados para alcanzar los fines acordados.

Se genera así una cierta incomodidad interior, una tristeza por la que te vas distanciando de la responsabilidad con las cosas y con las personas, la tendencia a la huida hacia un mundo propio y privado. Dominan entonces fácilmente la vanidad, las reacciones inmediatas, el movimiento instintivo, la falta de compasión, la deshonestidad y no el amor a la verdad. Es el pecado, que puede tomar muchas formas, pero siempre es un marchitarse, una pérdida del tiempo y de las posibilidades de la vida; y que puede llegar a ser abandono del prójimo, mentira, aceptación de la muerte como último horizonte.

Por el contrario, el Señor afirma hasta el final el amor por nuestras personas, mostrando en la cruz que toma totalmente en serio nuestra situación, cómo somos, cómo nuestro poder humano deriva en violencia, arrastra a las personas, no se detiene ante la muerte del inocente, desprecia al humilde y al pobre, porque los propios proyectos son más importantes.

En la cruz se revela, en cambio, la bondad con la que el Señor Jesús mira a cada uno; una bondad que es el poder más verdadero e ilimitado, que atraviesa toda oscuridad y todo pecado, capaz de abrazar y recrear a nuestras personas heridas, ingratas, necesitadas, con toda la radicalidad de un Amor que es eterno e infinito.

Así aprendemos, no solo que nuestros pecados pueden encontrar misericordia; sino que somos abrazados con una comprensión y un afecto inimaginables,



como el Padre acogió al hijo pródigo, como una madre cuida al hijo nacido de sus entrañas, cuando está en gran necesidad y peligro.

Reconocemos el Amor del Señor, verdaderamente divino, que se nos comunica como un hecho de nuestra historia. Cristo padeció realmente, vino a nuestro encuentro, siendo aún injustos y pecadores. Él no nos deja de lado, no estamos solos. Y sobre esta relación podemos construir la vida, con esperanza inquebrantable.

Pues si experimentamos que nuestra libertad, por sí misma, es inconstante y frágil, estamos seguros ahora de que su Amor "todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta"; y de que, resucitado, su Amor "no pasa nunca". Sabemos de su grandeza, de su constancia más allá de la muerte; y decimos con el apóstol: "¿quién nos separará del amor de Cristo?".

Contemplando el camino del Señor Jesús, se despierta de nuevo nuestra fe en Dios, en su designio bueno para nosotros y para nuestra vida. Y crece el agradecimiento por su generosidad inmensa, por su entrega por nosotros, que nos redime del mal y reconforta nuestro corazón dolido; por que haya restaurado la relación de Dios con nosotros, que fortalece nuestra libertad, le hace dar frutos de humanidad verdadera, y nos promete vida eterna.

No queremos ni podemos negar ya esta mirada suya sobre nosotros, que Él nos ha mostrado con su vida y con su muerte. Al contrario, podemos ser testigos de esta ternura y de esta fuerza del amor del Señor ante nuestro prójimo, los unos para con los otros.

Más aún, estamos llamados a anunciar la esperanza al mundo, a decirle que no está dejado a su suerte, que no está gobernado por la ley del más fuerte, que la historia no se hace con la violencia y las guerras. Estamos llamados a hacer presente en el mundo el Amor de Dios que lo sostiene, que evita que se encierre y se agote en sí mismo, que le da la mayor dignidad posible al permitir que los hombres hagamos en esta tierra caminos de libertad y de salvación.

Que el corazón plenamente fiel, inmaculado y libre de la Virgen María nos consiga la gracia de responder como ella al Señor, a quien adoramos sacrificado por nosotros en la cruz; de que nuestra alma y nuestra mente, conmovidas por la manifestación de su Amor, den la espalda al pecado y se vuelvan confiadas a la esperanza de la salvación, a la vida nueva, en comunión con Dios y con los hermanos.

Alfonso,
Obispo de Lugo